

En esta época Canisio era uno de los mas considerados personajes de Alemania: consejero de los reyes, favorecido de los pueblos, estimado de los ricos, respetado y querido de los pobres, ejercia una autoridad que todos honraban como si fuera un deber; esta autoridad solo dimanaba de su fe y de su talento. Pio IV deseaba ardientemente poner el sello á los actos emanados del concilio de Trento, y para disponer á los principes del imperio germánico á aceptar las decisiones del santo Sinodo, era preciso enviar á cada corte un hombre eminente, el cual en calidad de nuncio de la Santa Sede pudiese negociar en nombre de Roma y tratar con los reyes, y el sóberano Pontífice escogió para esta comision á Canisio, haciéndole su legado. La voluntad del Papa era absoluta, y sabedor de ello Canisio se puso en camino el mes de enero de 1565. Siempre iba á pié en sus largos viajes por la Alemania, acompañado de un solo religioso de su Orden; el legado no quiere mas acompañamiento ni mas lujo en su persona que antes.

Así visita las mas principales cortes del Norte; se detiene en las ciudades mas enemigas de la Iglesia; predica á los monarcas y á

« commovit, praesertim quod ab suo Monachiensi collegio prodiisse flagitium
« ferebatur. Ergo inquirendum sedulo: sique fraus deprehendatur, graviter vin-
« dicandam, sin minus abolendam ignominiam statuit. Quod testatior foret res,
« dat operam ut puer una cum parentibus ad se perducatur, qui cum sedulo ab
« Haereticis custodiretur, tamen callide ab conquisitoribus ab Duce missis in
« currum abreptus Monachium deportatur. Tum Albertus ingentem medico-
« rum numerum indidem Monachio, Augusta, Salisburgo, Ratisbona convocat:
« eosque ipsos chirurgo, qui factam puero injuriam contestati erant. In veteri
« aula Principum spectante simul principis, simul civitatis Senatu, permultis
« que primariis viris, statuitur puer in medio nudus. Nulla apparebat cicatrix,
« vestigium nullum injuriae. At nec virilitas cernebatur. Verum haud multis
« interrogationibus versatus, quamquam callidus adolescens, jam veritatis pro-
« debat indicia, cum ab Ducis Chirurgo, sagacis ingenii homine, continere spi-
« ritum, ac ventrem inflare jussus, id, quod calumniatores querebantur exemp-
« tum, palam in conspectum dedit! Pueri quoque parentes dederunt gloriam
« Deo, fassique rite sunt, et suum illum esse quatum, ac re vera integrum; in-
« terrogatique qui contra ea testimonium tulerant chirurgi, idemne ille esset
« puer, quem ante pronuntiaverant castratum, itemque num profiterentur in-
« violatum postea compertum; quanquam non sine rubore, notaque levitatis,
« utrumque contestati sunt. Conficiuntur ejus rei quam accuratissime testes lit-
« terae, medicorumque et chirurgorum subscriptae manu: quocumque praeces-
« serant mendaces libelli dimittuntur. Addidit et litteras suas Bavarum Princeps,
« quae et typis excusae sunt. Cumulator in auctores redit infamia. » (Sachini,
Historia Societatis Jesu, liber I, pag. 32, edic. de Roma, 1640).

los vasallos; anuncia el Evangelio á los niños, y parte con los indigentes la hospitalidad que la beneficencia pública concedió al desamparo. Tan pronto habla en nombre de Dios, como en nombre de la fe católica, y como delegado de la Santa Sede. En todas partes se le acoge con veneracion, y su presencia y su palabra obtienen felices resultados: su nunciatura fue brillante; realizó grandes cosas en favor del catolicismo, y hé aquí cómo Canisio daba cuenta de ellas al general de los Jesuitas:

« He visto, le escribia, á los electores de Tréveris y de Magun-
« cia, á los obispos de Wurzburg y de Osnabruck, y he tenido el
« consuelo de dejar á estos principes animados de los mejores
« sentimientos con respecto á la Santa Sede: especialmente les he
« recomendado la publicacion del concilio de Trento, y el cumpli-
« miento de sus decretos. En el estado actual de Alemania les su-
« gerí los medios que miraba como mas idóneos para conservar y
« aumentar la Religion; puedo asegurar que todo lo que me he
« tomado la libertad de decirles lo han acogido, no solo con be-
« nevolencia, sino tambien con respeto: por motivos particulares,
« he mantenido correspondencia con los demás.

« Durante el curso de mi viaje; he predicado muchas veces en
« aleman y tambien en latin; y si el Señor me ha dado una corta
« parte de sus sufrimientos en las incomodidades del camino y de
« la estacion, su bondad ha querido mitigarlos y protegerme en
« medio de los peligros que he corrido; además la Providencia
« nos ha procurado en corto tiempo excelentes amigos, y al con-
« siderar esto, aun los sectarios que eran nuestros mayores con-
« trarios, nos escuchaban gustosos cuando les reveláramos los
« misterios de nuestra fe. »

Al visitar este hombre tan activo los departamentos de la Alemania, hizo proclamar en todas partes los decretos del Concilio; pero cuando llegó á Maguncia, sintiéndose extenuado de fatiga, escribió á Francisco de Borja: « Yo conozco que se debilitan mis
« fuerzas, y que pierdo mi antiguo vigor; pero hágase la volun-
« tad del Señor, y pidámosle que nos dé su gracia para que sea-
« mos los hijos de la santa obediencia así en la vida como en la
« muerte. »

Después, creyendo haber pecado por debilidad, añadió: « Su-
« plico humildísimamente á Vuestra Paternidad que se persuada de
« que recibiré de muy buena gana la penitencia que le plazca im-

«ponerme por estas mis faltas, para poder granjearme mejor la misericordia de Nuestro Señor.»

En estas cartas, que no preveía Canisio que se apoderaría algún día la historia, se advierte un sabor tan delicado de intrepidez y de humildad, que el orgullo del hombre al leerlas se siente aniquilado. El papa Pio V concibió el mismo pensamiento, y apenas sentado en el trono de la Iglesia, conservó al Jesuita los honores de la nunciatura; pero á la demanda del cardenal Oton Truschez, Pio V encargó á Canisio que fuese á sostener los derechos del catolicismo en la dieta de Ausburgo. Hallábase el Jesuita agobiado por la fatiga; pero al saber su nuevo destino, se resignó al trabajo, salió de Maguncia, y á fines de febrero de 1566 llegó á Ausburgo, donde encontró á Nadal y Ledesma, que se le habian asociado.

La dieta de 1566, tan célebre en los anales eclesiásticos, parecia deber ser decisiva en favor de los Protestantes, que esperaban haberse granjeado el favor del emperador Maximiliano. El cardenal Commendon la presidia en calidad de legado. Los herejes, fuertes á su parecer con la presumida proteccion de Maximiliano, aspiraban nada menos que al anonadamiento del catolicismo: pedian la abolicion de la *reserva eclesiástica*, que segun el historiador Robertson, fue uno de los obstáculos mas invencibles para la propagacion de la herejía. Los sectarios habian consentido en 1530 en que los bienes del clero apóstata se volviesen á la Iglesia; pero el año 1566 exigieron que los sacerdotes quedasen propietarios, ó al menos que gozasen, durante su vida, de las rentas que poseian al tiempo de su cambio de religion.

En las dietas precedentes, así como en la conferencia de Poissy, habian visto que era difícil á sus jefes luchar contra los Jesuitas, por cuyo motivo procuraban con todas sus fuerzas alejar á los Padres de toda asamblea, y establecer una conferencia libre entre los príncipes seculares de uno y otro partido, en que la pluralidad de votos debia decidir las cuestiones.

No pareciéndoles todavía bastante eficaces estas medidas, apelaron del concilio ecuménico á un sínodo nacional, en donde, decian, se resolverán las contestaciones entre la Santa Sede y el imperio germánico. Su cuarta proposicion consistia en buscar medios para conciliar y unir los dos cultos, esto es, la verdad y el error.

Pero no habia aceptado la dieta el soberano Pontífice para hacer triunfar utopías, sino para salvar á la Alemania del alfanje otomano, porque todavía los turcos amenazaban al imperio. Como todos los hombres que quieren una reforma imposible, para no entristecer su vista con los males presentes, los sectarios de 1566 no se mostraban conmovidos de las calamidades que iban á sufrir las monarquías y la Iglesia: creian que se les debia una satisfaccion á su orgullo, y esta satisfaccion era superior á las necesidades de la Europa civilizada. Habian anunciado que querian reformar, y la reforma era para ellos el arma con que se habian de vencer todas las dificultades. Los turcos aparecieron en las fronteras, y si no se queria ver á la Europa invadida por los bárbaros, era menester rechazarlos. Estos sofistas, no entendiendo mas que la parte mas débil de una idea, oponian á la Iglesia universal un coloquio particular, del cual excluian, siguiendo la máxima de sus antecesores ó sucesores en revolucion, á sus adversarios; desde este tiempo empezó la guerra de lo irrealizable contra lo posible; el sueño substituyó á la razon.

Federico III, elector palatino, era un príncipe dotado de una imaginacion vagorosa: su alta estatura, la varonil hermosura de su fisonomía y su ardiente valor anunciaban en él un carácter pronunciado; pero demasiado débil de espíritu para comprender que hay épocas en que es útil tener enemigos, este hombre se creaba una indispensable necesidad de popularidad. Estaba atormentado por el amor al bullicio; ansiaba de tal manera las alabanzas y aplausos de la multitud, que los hubiera comprado aun al precio de su corona. Los Protestantes le persuadieron que seria glorioso para él marchar á la cabeza de una idea revolucionaria; á este precio se le prometió la popularidad, y ¿no se consigue esta casi siempre por la mentira ó el error? Federico se dejó ganar: de católico se hizo luterano, de luterano pasó á calvinista: en seguida, después de haber pasado por todas las fases de la herejía, confesó que su individualidad debia ser un principio; este principio se reasumia en una reforma mal definida, y peor comprendida; pero que ante todo, tendia á glorificar su persona y abatir el poder de Roma.

La nueva dieta de Ausburgo ofrecia á este carácter, siempre versátil en su fe, pero permanente en sus vanidades, una ocasion de hablar y de escribir. Los políticos que intrigaban bajo su égi-

da, le habian hecho creer que era elocuente, y que una sola palabra escapada de su boca ó de su pluma produciria un efecto irresistible, y que la conciliacion universal estaba pendiente de su gesto ó de su mirada. Tantas adulaciones interesadas sedujeron de tal suerte á Federico que, siendo soberano, aceptó y publicó bajo la garantía de su nombre, un folleto contra la autoridad de los reyes y la infalibilidad de la Iglesia.

El Emperador y los príncipes alemanes designaron á Canisio para que respondiese á aquella obra; el hombre de la vanidad habia querido destruirlo todo para alzar un altar á su amor propio, y el hombre de la humildad lo reconstruyó todo para deshacer sus sofismas.

La dieta de Ausburgo se habia convocado con el fin de suministrar al Emperador los medios para preservar á las fronteras de Alemania de la invasion mahometana; pero esperando Maximiliano conciliarse á los dos partidos beligerantes, habia deseado guardar una neutralidad culpable, teniendo contentos á ambos. La paz de Passau, concluida en 1555 entre Carlos V y los Protestantes, y las cláusulas mal interpretadas de este tratado formaban una posicion muy difícil. Los espíritus se agitaban en medio de la confusion, cuando el Cardenal legado y los Jesuitas oradores de la Santa Sede tomaron la resolucion de salvar al país, sin comprometer los intereses confiados á su prudencia. Con el solo hecho de la ostentacion de Federico, los Protestantes se veian comprometidos, y se habian hecho después tan exigentes, que era imposible concederles aun lo que parecia justo, observacion que en vano hicieron á los suyos los herejes que tenian prevision. El cardenal Commendon y Canisio habian leído á fondo el pensamiento de los sectarios: ofrecieron á la Dieta una moratoria que dejando las cosas religiosas en el estado en que se encontraban antes de la conferencia de Ausburgo, permitiese á cada príncipe tomar en consideracion los peligros de la Alemania. Canisio, Nadal y Ledesma gozaban de la mas ilimitada confianza de los electores de Tréveris, de Maguncia y del duque de Baviera, y trabajaron de modo que estos tres príncipes fueron los primeros que apoyaron la idea de pacificacion interior que sostenian los Jesuitas: se aplazaron las discusiones religiosas para tiempos mas favorables, y los electores del imperio concedieron á Maximiliano los subsidios que necesitaba.

El soberano Pontífice no debia nada al Emperador, pero sus irresoluciones no se habian escapado á Canisio; aconsejó el Jesuita al legado que ofreciese en nombre del Papa cincuenta mil escudos de oro para la guerra; Commendon agradeció el consejo, y en lugar de prometer esta suma, la dió al momento, porque sabia que ningun sacrificio escasearia Pío V por preservar al Occidente del furor de los bárbaros de Oriente.

Nadal, Canisio y Ledesma acababan de combatir en favor de la Iglesia, y se separaron para buscar nuevos adversarios; se fundaron nuevos colegios en Olmutz, en Moravia, en Wurzburg y en Vilna, donde, segun decia el pueblo, los Jesuitas, que no séguian el ejemplo de los fariseos, enseñaban lo que hacian, y hacian lo que enseñaban. Lo mismo sucedia en Praga y en Viena. Canisio convirtió á la religion católica al conde Ulrico de Helfestein y á sus vasallos, á quienes habia arrastrado á la herejía; en Praga el baron Joaquin de Kolourat entró en el gremio de la Iglesia. Muchos luteranos séguian este ejemplo, y otros enviaban á sus hijos á estudiar á las casas de la Compañía. Para los reformadores esta confianza hácia los Jesuitas era un camino que conduciria á las doctrinas de unidad. Los herejes intentaron hacer perder á los Padres el favor de Maximiliano, acusándolos de que querian excitar una sedicion contra él.

Entonces fue cuando Canisio, de vuelta de Dillingen de su peregrinacion apostólica, encontró en el colegio de los Jesuitas un consuelo inesperado. Un jóven caballero polaco, perseguido por su hermano mayor que se oponia á sus ideas religiosas, solicitaba la gracia de ser admitido en la Compañía, y este jóven era Estanislao de Kotska. Apenas tenia diez y seis años, cuando para realizar su piadoso deseo emprendió un viaje á pié, tan largo como penoso. Su vocacion estaba marcada con señales tan visibles, que Canisio no titubeó en recomendarle al General. El jóven polaco llegó á Roma y fue recibido en el noviciado de San Andrés; pero bien pronto el ángel debia subir al cielo que era su patria. Estanislao de Kotska murió el dia de la Asuncion de la Virgen (15 de agosto de 1568).

Los Jesuitas de Alemania ganaban un bienaventurado en el cielo, y por la apostasia del P. Adan Heller la Sociedad de Jesús y la Iglesia se veian libradas de un hombre, cuyo carácter instable los comprometia. Heller era rector del colegio de Praga;

secretamente ligado con los Protestantes, era un motivo de sospecha y de escándalo para sus hermanos, cuando de repente hizo traición á su Orden, á sus votos y al sacerdocio. Heller no se contentó con hacerse hereje, sino que se casó y fue recibido como ministro luterano.

La peste se manifestó entonces en el colegio de Praga, y el arzobispo, el virey, el canciller y los provinciales de los Dominicos y de los Franciscanos, todos prestaban á los Jesuitas los socorros de la caridad y de la fraternidad sacerdotal.

En este general desprendimiento Adan Heller fue el único que cedió al miedo: el cobarde abdicó sus títulos á la vista de los peligros, que aun los príncipes y rivales de la Compañía arrostraban con tan generosa audacia; y fué á mendigar un asilo entre sus enemigos. Este asilo se lo concedieron; pero lo que será un baldon eterno para el protestantismo, es haber hecho de este cobarde uno de sus pastores. Heller habia huido de la peste; y la peste, que no se habia atrevido á entrar en la ciudad de Praga, asaltó al apóstata, matando á él y á la mujer que habia tenido valor para asociar su fortuna á la suya.

Estos sucesos acaecian en 1569, en cuyo año mandó Pio V á Canisio, que respondiese á las *Centurias* de Ilirico, y de otros ministros de Magdeburgo. Las *Centurias* eran unos folletos históricos, en forma gigantesca y al gusto del siglo, llenos de ciencia y acrimonia, que ocultaban las calumnias contra la Iglesia bajo la

¹ Matías Flach Francovitz, teólogo protestante, mas conocido bajo el nombre de Flaccus Iliricus por ser natural de Iliria, ha sido el principal colaborador de la historia que tomó el título de *Centurias de Magdeburgo ó de Ilirico*.

Las tres primeras *Centurias* salieron á luz en 1559, y se reimprimieron con adiciones en 1562. Las demás salieron sucesivamente hasta 1574, que se publicó la décimatercia y última que terminaba en el año de 1300, porque, como lo indica el título, cada *Centuria* abrazaba un siglo. La edicion mas completa es la de Basilea de 1644. Los autores de las *Centurias*, en este enorme libro sobre la historia de la Iglesia, tomaron por su cuenta el catolicismo, y se esmeraron en presentar todos los hechos por el lado mas favorable á los Protestantes.

Los principales colaboradores de Ilirico, que fue el que coordinó el trabajo, son Juan Wigaud, Mateo Judex, Basilio Faber, Andrés Corvino, Tomás Holzner, Marcos Wagner, y otros teólogos de la escuela de Jena. El cardenal Baronio continuó el plan del Jesuita, y opuso á las *Centurias* los *Anales eclesiásticos*, formando 12 tomos en folio. El primero salió en Roma en 1588, y la obra valió á su autor el título de *Padre de los Anales eclesiásticos*.

sal de una sátira mordaz: eran la dialéctica de Pascal unida á la imaginacion sarcástica y á la mala fe de Voltaire. El libelo en folio, tan pronto profundo como burlon, nada respetaba, y se imponia la tarea de minar todos los principios: censuraba el poder de la Santa Sede, atacaba el de los monarcas, desnaturalizaba los hechos para colocarlos á la altura de su odio, hacia revivir las fábulas de los primeros perseguidores del cristianismo, inventaba otras nuevas, y al mismo tiempo que clamaba por la independencia de los hombres, sembraba en sus almas eternos gérmenes de revolucion.

Sabia Pio V que no hay mejor remedio contra la publicidad que la publicidad misma, y así resolvió reparar con la pluma el mal que aquella engendraba, escogiendo un escritor conciso y versado en la polémica, que era lo que necesitaba para la ejecucion de sus proyectos. Hallábase á la sazón encargado el P. Canisio de difundir el pasto espiritual en los Estados de Alemania; el soberano Pontífice rogó á Francisco de Borja que desembarazase al Padre de todo otro cuidado, y que le mandase ocuparse especialmente de la obra cuya urgencia conocia la corte romana. Canisio respondió á la orden de su General: «Aunque indigno «del honor que Su Santidad me ha hecho, acordándose de mí pa- «ra un designio tan grande, espero encontrar en la obediencia, «en las oraciones de mis hermanos, y sobre todo en la bendicion «de Su Santidad, fuerzas para suplir á mi insuficiencia.»

Emprendió Canisio la refutacion de los errores acumulados en las *Centurias*; pero siempre es dificultoso para un hombre grave replicar con buen éxito á unos ataques, doble fruto del razonamiento y de la ironía, y que sin atender á la verdad de los hechos ó á la lógica de las demostraciones, se ceban sobre su víctima con toda especie de armas. Estos folletos incendiarios, que en ciertas épocas arroja al mundo la malicia humana, y que ya por su cáustica originalidad, ó por la predisposicion general, obran una revolucion en los ánimos, rara vez han encontrado un hábil impugnador que les venza en verbosidad y energia. La mentira se inoculaba en los corazones mas pronto que la verdad, y en cuanto al triunfo, siempre es un trabajo impropio replicar por medio de la lógica ó de la historia á unos sarcasmos, cuyas sangrientas mordeduras han envenenado ya al pueblo. Canisio no era bastante para penetrar esta táctica, que no seguirán ya mas los Je-

suitas desde el tiempo de las *Provinciales*; pero sin embargo, respondió dignamente á estas *Centurias*, que como el Proteo de la fábula, tomaban todas las formas para apoderarse de todas las inteligencias.

En medio de los trabajos á que le condenaba esta vasta obra, intitulada: *De las alteraciones de la palabra de Dios*¹, Canisio vió fundar en 1569 á las archiduquesas Magdalena y Helena, hijas del emperador Fernando, un colegio de Jesuitas en Hall, en el Tirol. El Papa y Borja le habian dispensado de todo ministerio sagrado, pero el Padre no pudo moderar su ardor. Los obispos de Alemania invocaron su apoyo, que jamás les faltó, porque todavía le restaban algunas horas para consagrarlas á los sufrimientos morales de la Iglesia: el protestantismo temia su palabra, y sentia la fuerza de sus escritos; y visto que no habia podido hacerle su partidario, hizo correr la voz de que al fin el Jesuita acababa de abrir los ojos á la luz. Al decir de los Luteranos, Canisio era luterano como ellos, haciéndose desde entonces superior á las consideraciones humanas, que le habian ligado á la comunión de Roma, iba á seguir el Evangelio en toda su pureza primitiva revelada por los sectarios. Segun ellos, Canisio arrastraba en pos de sí un cierto número de Jesuitas, que á su ejemplo se alistaban al servicio de la Reforma.

Mientras el Padre anunciaba la palabra de Dios á los habitantes de Elwangen, sabe por el cardenal de Ausburgo estos rumores, que consternaban á los católicos crédulos, y llenaban de alegría á los Luteranos, que sacaban de esta impostura una inmensa ventaja. La calumnia tomó origen en Wurzburg, y se propagó por toda la Alemania; era, pues, preciso combatirla en su propio terreno. Llegó á pié Canisio á esta ciudad populosa, recorrió todas las calles convocando á los ciudadanos á la iglesia catedral, y una multitud inmensa seguia sus pasos. El Jesuita, todo cubierto de polvo de los caminos, y todavía agobiado por la fatiga del viaje, llena de rubor y desconcierta á sus enemigos. Á la faz de una asamblea que se renovó por tres veces, ¡tan grande era la ansiedad que tenian los ánimos de convencerse por sí mismos! demostró con la viveza de su fe y el ardor de su palabra, lo absurdo de estas imputaciones. Los sectarios estaban confundi-

¹ *Commentariorum de divini verbi corruptelis, libri duo*, publicado en Ingolstadt en 1583, 2 tomos en folio.

dos; ya no podian prestar ninguna apariencia de realidad á sus engaños, y buscaron otro subterfugio.

Para dedicarse mejor á los estudios que le habia impuesto la Santa Sede, suplicó el Jesuita á Francisco de Borja que le dispensase de las funciones de provincial, que tiempo hacia estaba ejerciendo. El General accedió á esta demanda de humildad, y el P. Maggio, su amigo, fue designado por sucesor. Era Maggio uno de esos tipos de dulzura, de ciencia y civilizacion unida á la fuerza que ha contribuido tanto á popularizar la Orden de Jesús. La influencia de este Padre en la Polonia y en la Lituania era tan patente, que después de haber concedido Pio V á los Jesuitas el derecho de recibir y conferir en la Germania los grados académicos, por sus letras apostólicas del 10 de marzo de 1571, le escribió para confiar á su prudencia la mas espinosa negociacion al lado de Segismundo, que trataba de repudiar á la Reina su esposa, á causa de su esterilidad; los Protestantes le impulsaban á este acto, porque sabian que después de Lutero habia sido este uno de los mas activos motores de la herejía. Maggio habia asistido mas de una vez á las asambleas de los magnates en Varsovia, y usó de tanta destreza para ejecutar la mision de que le habian encargado, que hizo renunciar su proyecto al rey de Polonia: un año después murió, legando su biblioteca á los Jesuitas.

Habia ya tres colegios en sus Estados, el uno en Braunsburgo, otro en Plotsk en Moravia, el tercero en Vilna, y en el año de 1571 fundó Adan Kornasc, obispo de Posen, una casa de Jesuitas en su ciudad episcopal. En vista de esto, los herejes que se creian fuertes con el apoyo del palatino Lucas Gorca, su correligionario, se pusieron en movimiento para oponerse á la introduccion de la Compañía. Sus ministros trabajaban y hacian trabajar al palatino; este Príncipe era luterano, pero antes que todo era hombre independiente: «Si quereis rechazar á los Jesuitas de nuestro territorio, dijo á los pastores del culto reformado, hay un medio mas seguro que la persecucion; imitad su valor, y como ellos llevad una vida estudiosa.»

Al mismo tiempo el archiduque Carlos, yerno de Alberto de Baviera, los instalaba en Gratz, y en el centro de sus provincias: Esteban Bathori, vaivodo de Transilvania, los pedia para sus vasallos, y la reina Catalina de Suecia les abria su reino para hacer triunfar en él la fe por medio de la educacion: el duque de

Baviera colocaba á los Jesuitas en la academia de Ingolstadt, y les fundaba un nuevo colegio en Landshut, residencia de Guillermo, su hijo mayor, diciendo en el acta de la fundación:

«Habiéndose mostrado digna de nuestro afecto la santa Compañía de Jesús por sus méritos y virtudes, pensamos que es justo proteger y favorecer todo lo que pueda contribuir á su ventaja y gloria, y apreciar en todo su valor á este Instituto tan necesario á la religion católica. Y ciertamente que en gran parte debe á nuestro país de Baviera el restablecimiento de la fe de nuestros antepasados, conmovida por las desgracias de los tiempos actuales, á esta Sociedad á quien amamos muy sinceramente, y nada deseamos tanto, como la ereccion de muchos colegios y la prosperidad de los ya erigidos.»

En todos los ángulos de Alemania estaban los Jesuitas en la brecha: Baltasar de Dernbach, abad de Fulda¹, los reclama para que se opongan á los destrozos que hacia la herejía: el P. Blysem combatia la secta de los Utraquistas, que pretendian recibir la Comunion bajo las dos especies, y convirtió á la fe católica al jefe de esta secta, el cual concluyó por persuadir á los otros miembros del consistorio que volviesen con él á la Iglesia romana. El P. Estanislao Warsevitz emprendió la conversion de Juan Ochothovicz, generalísimo de Lituania y de Livonia; ejerciendo además por la fama de sus virtudes, y á pesar de hallarse ausente, una influencia tan marcada sobre la dieta de Lublin en que se iba á nombrar el nuevo rey de Polonia, que á pesar de los esfuerzos de los Luteranos ganaron esta eleccion los Católicos. El duque de Anjou, cuyo nombre se hizo tan popular en la cristiandad á causa de sus victorias de Jarnac y Moncontour, y que mas tarde reinó en Francia bajo el nombre de Enrique III, fue elegido para aquel trono.

Por otra parte el P. Francisco Toledo habia dignamente auxiliado al cardenal Commendon en su embajada germánica. Nacido en Córdoba el 4 de octubre de 1532, habia cursado, siendo aun muy niño, la filosofía en la universidad de Salamanca; en medio de la embriaguez de las glorias literarias adquiridas por su talento, este jóven lo abandonó todo para entrar en 1562 en el noviciado de los Jesuitas. Nueve años después el papa Pio V le in-

¹ Esta era entonces la abadía mas rica de Europa; dependia de la Orden de san Benito.

vistió con la confianza de la Santa Sede, y siguió á la legacia enviada á Alemania con el objeto de reunir á los monarcas contra el turco. El Jesuita se hallaba en su elemento; proponia, negociaba treguas entre los principes enemigos; hablaba á los unos de conciliacion, haciendo valer para con los otros los intereses de familia ó de la patria, y mostrando á todos la Media luna dispuesta á subyugar el Norte de Europa, si una coalicion de generosos esfuerzos no conseguia abatirla. Commendon y Toledo fueron acogidos respetuosamente en todas las cortes á donde pasaban en nombre del soberano Pontífice para salvar á la cristiandad. Su legacia dió abundantes resultados; reunió los ánimos que estaban divididos á causa de ambiciones locales, reveló tambien á los Protestantes el ascendiente de que gozaba todavía la corte romana sobre los reyes y las poblaciones, á quienes ellos habian extrañado, y la batalla de Lepanto coronó el éxito de esta embajada.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

NOTA. La aprobacion del Ordinario se hallará en el último tomo.